

(Del fascículo XI)

"Me ha gustado mucho, como los anteriores, este número once que terminé de leer. Después de verle en septiembre pasado, azares de trabajo me llevaron a recorrer las capitales andaluzas. ¡Qué tierra, España, mosaico fundido de pueblos, sueño de claroscuro!"

En el curso del viaje leía a ratos los fascículos. Por contraste con mi ronda andaluza, nuestro pueblo, distinto, emergía del recuerdo y de aquellas páginas. Lo veía enclavado en una tierra difícil de sembradura y viña, con manchas de olivos oscuros subiendo por laderas ocrizas. Los grises, los pardos, los rubiales oros y las vetas verdes se entremezclaban con diferentes gradaciones en los inviernos severos, las primaveras suaves, los veranos tórridos, en los morosos otoños, bajo una luz única que modelaba cielos y campos.

Los pueblos se hacen en arcana combinación de las cosas y del tiempo; se forjan así su estilo, su manera de ser y entender. Todavía en la anécdota y la historia pequeña resuenan los pasos, los decires de gentes descritas por usted, que no por humildes fueron menos notables.

Sus fascículos nos cuentan, casi en voz baja, una vida en parte vivida, en parte entrevista mediante el testimonio y las tradiciones que en ellos se recogen. Y nos acercan a nosotros mismos mostrándonos las señas de identidad de nuestro pueblo. No, no podemos detenernos demasiado en los defectos de los alcazareños, cuando aquellos son vencidos por bien visibles virtudes.

Pienso que cuando se hable de Alcázar, ahora y después, no podrán olvidarse los fascículos. Pronto serán legión sus lectores y los que en ellos estudien. Y cuando el tiempo pase con sus cambios y mudanzas, desde cualquier alacena o librero los fascículos, recuerdo y expresión de la cultura de un pueblo, seguirán explicando cómo somos, cómo fueron los que ya no son, y, acaso, también como serán ellos, los alcazareños que nos sigan."

MADRID, 2 diciembre 1961

(Del fascículo XII)

"Discúlpeme por no haberle acusado recibo a su fascículo número doce. Viví muy atareado últimamente, fuera de Madrid gran parte de mi tiempo.

A últimos de Marzo estuve con nuestro paisano Antonio Izquierdo en su casa de Barcelona. Fueron un par de horas gratísimas. El coloquio, animado por el queso y el vino lugareños, que Antonio reserva para estas ocasiones, giró en torno a Alcázar, estrella de primera magnitud cuando dos paisanos coinciden. Porque el alcazareñismo existe, bien que no en forma ruidosa y bullanguera.

Los fascículos -cómo no- salieron a relucir y pusieron el acento, el tono y el color en la tertulia. Los fascículos, además de muchas otras cosas, actúan como catalizador, un vehículo de amistad que nos une más que años de prédicas y exhortaciones.

Amén de muchas páginas jugosas y certeras cuyo comentario detenido exige ingenio, espacio y tiempo, deseo resumir en unas líneas mis impresiones de lector apasionado